

Larriva, María Pilar Millaruelo, María Pilar Sanagustín, A. Lacasa, F. Escartín, B. Mascaray, J. A. Ciprés, M. Alagón, J. A. Ballarín y R. Bescós que matizaron finamente sus respectivos papeles.

En los días 25 y 27 del mismo mes y en el mismo local tuvo lugar la representación-lectura de *La importancia de ser formal* de O. Wilde y *Llama un inspector* de Priestley por el cuadro escénico del Teatro de la Obra Atlético-Recreativa, invitado por la Dirección y la Cátedra de Literatura del Centro. Siguiendo el propósito educativo del T. O. A. R., que intenta hacer aptas a todas las mentalidades las grandes creaciones teatrales mediante un prólogo educativo y un coloquio final, el día 25 la catedrática de Literatura del Instituto, después de la presentación del cuadro escénico y de explicar sus aspiraciones, estudió rápidamente a O. Wilde a través de la obra que se iba a leer. Consideró a ésta como una deliciosa *causerie* de un hombre de mundo volcado intensamente a la vida social elevada y enamorado de la belleza por sí misma. Nos descubre el deleite que el autor siente por la forma externa de las palabras con las que juega constantemente. La intrascendencia y el juego de palabras han sido la base de *La importancia de ser formal*. Los actores María V. Oliván, María Vallés, Merche Polo, María L. Constante, J. Vallés, L. Buil, A. Turmo, J. Barrio y J. Fatás, narrador, todos ellos compenetrados con el papel, consiguieron interesarnos con una actuación esmerada.

El día 27 fue representada la comedia dramática *Llama un inspector*, de John B. Priestley. En la presentación de la obra, el doctor Dolç trazó un croquis bio-bibliográfico del autor, subrayando su significación dentro del panorama del teatro contemporáneo, y señaló los diversos valores humanos, sociales y literarios de la pieza que se iba a leer. Los actores M. V. Oliván, J. M. Barrio, M. Anoro, M. L. Constante, M. Abadía, A. Turmo y J. Vallés fueron cordialmente aplaudidos.

Las dos sesiones, que fueron dadas a título de prueba, merecieron calurosos elogios; esperamos que se repetirán en lo sucesivo. — C.

### *Conferencia de don Ricardo del Arco en Caspe.*

Integrada en el ciclo que la Institución «Fernando el Católico» de la excelentísima Diputación Provincial de Zaragoza ha organizado en el actual curso, desplazando su tribuna pública a las localidades más calificadas, en el orden intelectual, de la provincia, pronunció el día 10 de

mayo último, en el Salón de Actos de la Casa Consistorial de la ciudad de Caspe, una amena y documentadísima conferencia don Ricardo del Arco y Garay, sobre el tema *Caspe y el Humanismo*.

Hizo la presentación, con atinadas palabras, el alcalde y ex-diputado provincial don José Garrido Sancho, quien ponderó la personalidad científico-cultural del señor Del Arco, ya conocida del público por sus eminentes trabajos y numerosas recompensas y premios. El conferenciante comenzó con encendido panegírico de Caspe, ciudad insigne. A ruegos de vuestro alcalde—dice—voy a hablaros también del Compromiso, tratando de injertar la emoción histórica y viva de éste en la esencia del humanismo, entendido a la manera tradicional española, tal como en Alcalá de Henares adquirió espléndida floración.

Se refiere después a la figura señera de Caspe en el siglo xiv: el gran maestre de la Orden de San Juan, don Juan Fernández de Heredia, cuya cuna, a la manera de un Cristóbal Colón, se disputan Munébrega y Caspe; es indiferente, en última instancia, pues sus dimensiones son europeas. Amigo de Pedro IV de Aragón—flor primera de corte político-literaria—, marcha a Aviñón, vivificando el antiguo adagio *Sine ira et studio*. Le interesan las hazañas de los héroes, en cuanto suponen una vinculación entre Oriente y Occidente, y eco de tal interés es su obra capital *La crónica de los conquistadores*. Desfilan en ella figuras de tanto sabor y reciedumbre histórica y española como Trajano, Fernando el Santo y Jaime el Conquistador.

Su preocupación por los Santos Lugares le impulsa a la conquista de Morea, como primer estadio en la recuperación de aquellas tierras tan vinculadas al catolicismo. Anhelos que, siglos más tarde, moverían al obispo de Barcelona, nacido en Caspe, don Martín García, a incitar a los Reyes Católicos, en su calidad de predicador de los egregios consortes y de confesor de doña Isabel, a la reconquista de Oriente, a la expulsión de los infieles de los lugares sublimados por la Divina presencia del Salvador.

Los últimos años de Fernández de Heredia coinciden con la exaltación al Solio Pontificio de Benedicto XIII, el papa Luna, tan vinculado a nuestra historia regnicola. Lleno de júbilo por tan fausto suceso, es colaborador entusiasta y eficiente del Pontífice, hasta su muerte.

¿Qué ocurre, mientras tanto, en Aragón? Ha fallecido Martín el Humano, monarca de uno de los más poderosos reinos existentes a la sazón, sin sucesión directa. Las apetencias se suscitan; intrigan los pre-

tendientes; el conde de Urgel, que había sido nombrado por corto período de tiempo gobernador, quiere apoyar sus derechos con la fuerza de las armas; en Zaragoza, Antonio de Luna asesina al obispo García de Heredia; todo es confusión.

Y surge entonces el más preclaro ejemplo de ortodoxia política, de democracia en su puro sentido cristiano. El parlamento de Alcañiz decide que nueve jueces, hombres de buena fama, costumbres intachables, entendidos en Derecho y en las ramas del saber, determinen quién debe ocupar el trono vacante. Y son precisamente dos aragoneses, el justicia Bardaxí y el gobernador Ruiz de Liori, quienes reciben la comisión de designar aquellos nueve hombres: tres por Valencia, tres por Cataluña y tres por Aragón. Su propuesta fue aceptada unánimemente.

¿Hubo amaño en los nombramientos? Algunos historiadores catalanes así lo manifiestan, pero acaso sea movidos por razones regionalistas, debidas a que el conde de Urgel no obtuvo el codiciado honor. En definitiva, si los compromisarios no hubieran sido designados con arreglo a justicia, la importancia del asunto que les era confiado hubiera dado lugar, sin duda, a airadas protestas y ruidosas algaradas.

El conferenciante, con verbo evocador, rememora la escena. Imaginemos—dice—un día del año 1412, luminoso, con un cielo muy azul y el sol arrancando reflejos y mil irisaciones en el gran altar, en los paños y brocados, en las gemas que adornan los damascos de los sitiales. Oficia el santo sacrificio el arzobispo de Tarragona, y los nuevos elegidos comulgan en él, jurando luego ante los Evangelios y el *Lignum Crucis* fallar con arreglo a conciencia.

Entre aquéllos, por designio del Altísimo, figuraba un fraile dominico de sencillo aspecto, pero de mirada penetrante y rostro resuelto: el maestro Vicente Ferrer.

Al castillo que erguía, dominando la ciudad, su mole altiva llegaba remansado el confuso rumor de las calles, el ajetreado ir y venir de los confidentes, de los hombres de armas, de quienes representaban los intereses de los pretendientes, de los amigos.

Hubo un momento en que don Fadrique, el más directo heredero del monarca fallecido, hijo bastardo de don Martín de Sicilia, no tuvo ningún valedor; menor de edad, no encontraba quien abogase por sus derechos. Y entonces, dando una muestra más de imparcialidad objetiva, le son designados por el tribunal letrados para que *de oficio* defiendan sus pretensiones.

¿Quién merecía la Corona de Aragón? La Providencia movió a Vicente Ferrer, el humilde dominico, a hablar. Estaban presentes un arzobispo y un obispo; pero ello no significó irreverencia ni desacato. Y su propuesta, *Aragón por don Fernando de Antequera*, fue aceptada por seis de los compromisarios, entre ellos uno de los representantes de Cataluña. El arzobispo de Tarragona se mostró dudoso; sólo un catalán votó por el conde de Urgel, y el tercero se abstuvo de votar porque, alegó, la complejidad del asunto no le había permitido formar criterio.

Hecha pública la elección, el obispo de Huesca Domingo Ram celebró la misa con el cáliz sagrado que se conserva. El sermón corrió a cargo de fray Vicente Ferrer, quien glosó la imagen de la renovación de un país por la elección de un nuevo rey. Hubo, era natural, descontentos, y el dominico subió al púlpito al día siguiente para hacer la apología de don Fernando, confundiendo a los adversarios. Fernando el Católico y la unidad nacional fueron posibles por el Compromiso de Caspe.

Nace luego don Martín García, versado en las lenguas griega y latina, del que conservamos una preciosa traducción de los *Dísticos morales*, de Catón. Renueva este insigne caspolino la tradición que Fernández de Heredia defendiera. Es un enamorado de lo vernáculo. De su memoria quedó huella indeleble en la iglesia de Caspe, donde el soberbio mausoleo de mármol que guardaba sus restos constituyó joya inapreciable.

Hay otras figuras que, sin llegar a la categoría de las mencionadas, presentan caracteres que las hacen dignas de nuestra atención. Domingo Cubeles fue un esforzado protector de los artistas; Jerónimo Vicente decoró la capilla del Rosario con unas de las mejores pinturas del Renacimiento; Jaime Exerich compite con Jerónimo Zurita para el cargo de cronista de Aragón, alegando los méritos que como discípulo de Juan Sobrarias concurrían en su persona.

Terminó su intervención el orador exaltando el sentido tradicional de Caspe, de sus figuras, el triunfo que el Compromiso representó sobre el materialismo, causa del fracaso de modernas instituciones jurídico-internacionales, e impetrando la luz del Espíritu Santo para que los rectores de nuestros actuales destinos sean dignos continuadores de quienes en siglos pretéritos dieron tan elevadas muestras de ponderación, justicia y equidad.—*Luis Felipe Arregui Lucea.*